

Reflexiones sobre el Temor

por Irina Darlée

El temor ocupa en la mente de cada hombre de hoy un volumen inmenso. El mundo actual está dominado por la psicosis, atormentado por la inestabilidad económica y el peligro de revoluciones. Es evidente que —incluso prescindiendo de ocupaciones materiales— la humanidad está angustiada y todos llevamos en el alma, sin atrevernos a confesárnoslo, el temor.

Se necesitaría ser completamente indiferente a lo que es la vida, la muerte, el mal y el bien, para no temer algo. Es imposible huir del temor, librarse de él por mucho que tratamos de olvidarlo, entregándonos a la disipación en placeres fugaces, distrayéndonos con anhelos y planes para el futuro. Los temores seguirán llenando la vida. Parece que la vida toda está tejida de temores, y que el hombre los encuentra como al viento en todos sus caminos.

Sienten miedo los poderosos y los indefensos, sienten miedo ricos y pobres, sanos y enfermos, qué más da que las causas sean indiferentes. Desde que la humanidad ha perdido la confianza en Dios vive atormentada, esclavizada de temores oscuros que son hijos de pasiones mundanas, consecuencia de un amor desenfrenado hacia las vanidades del mundo, hacia otros seres o hacia sí mismo. Los hombres ya no buscan el consuelo del cielo, no prestan oído cuando Dios los llama continuamente a una vida sobrenatural. Se hunden cada vez más en la tierra, viendo ya sólo la medida de ésta. Habiendo perdido la gracia del Señor el hombre comenzó a sentir y también a inspirar pavor. El mundo se llenó de inestabilidad, amenazas y miserias y angustias ante los peligros y las falsedades del mundo, ante la inseguridad de su propia existencia, el hombre cayó en el poder de las fuerzas del mal. El mal le atrae y le obsequia goces pasajeros para luego verlo sumido en la desesperación; pero acostumbrado ya a este poder de las fuerzas oscuras, el hombre llega incluso a sentir alegría de ser malo y sembrar el terror: cuanto más goza con el mal y odia a sus prójimos, cuanto más ambiciona el poder y se muestra soberbio, tanto más padece del temor.

Con temor entra el hombre en este mundo frío y hostil, con temor, también, pasa del seno de esta tierra a la desconocida para él y por esto mismo temida eternidad. Nos asusta que cada nuevo minuto de nuestra vida pueda traer algún mal imprevisto, nos atormenta el peso de nuestra responsabilidad en cuanto a todo lo que va sucediendo. Si un alma no encuentra la paz, no nos equivocaremos en suponer que la causa de ello radica en algún temor que atormenta la mente. ¡Qué es lo que no temen los hombres! La gama de los temores tienen un sin fin de matices. ¡Cuántas han sido las actividades que paralizó el temor!, cuántos fueron los sucesos que tuvieron en él su propio origen, dictando siglo tras siglo la historia del mundo.

En los tiempos modernos el hombre gira cada vez con mayor rapidez en el espacio y en el tiempo. El dinamismo de nuestra civilización y su afán de nivelar, “standardizar” la vida, borrar personalidades, crear juegos

pueriles colectivos como lo son una serie de deportes, no es resultado de la técnica o de las relaciones culturales y sociales modernas, sino consecuencia del empeño del hombre en no sentir su soledad, en no profundizar dentro de sí mismo, a fin de no presentarse ante la imagen de Dios como es. Muchos no lo entienden así, no quieren ver que el vacío que siente el alma, sin poder hallarse a sí misma, es también un tremendo temor; y para escaparse de esta angustia los hombres aprendieron a disfrazar su miedo, a esconderlo, incluso a burlarse de él, engañándose a sí mismos y subordinándose a la soberanía del temor, haciéndole sacrificios con tal de poder gozar de una existencia menos atormentada. De aquí nació el paganismo practicado en tiempos remotos, y esto mismo es también la base del culto moderno a los placeres mundanos y la raíz de toda negación de Dios. El ateísmo surge del testarudo deseo del hombre de ignorar la propia profundidad a la que odia, porque quiere huir del silencio en que se percibe la voz divina. El hombre trata de engañarse viviendo sin pensar y sin temer. El hombre teme quedar a solas consigo mismo. Ya no mira las estrellas, ya no medita en silencio sobre lo que es el fin de su vida. Le asusta esta profundidad de su alma que abarca a Dios. Le asusta su "yo inmortal", teme la profundidad de su alma a veces incluso más que a sus abismos que le llevan al crimen, porque teme el dolor que todavía no conoce, al dolor nuevo: de presentarse desnudo ante su Dios y rendir cuentas. Se fuga de su mundo interior hacia el círculo vicioso de cosas externas, hacia tareas externas, relaciones exteriores y superficiales con otros hombres, hacia éxitos exteriores y fugaces, y hacia alegrías falsas que nunca llegan a llenar verdaderamente el alma.

Arrojados del paraíso por no haber sabido apreciar la grandeza de ser hijos de Dios, los hombres tienen que aprender ahora, después del pecado original, a amar a Dios y obedecerle a través del dolor de su desamor y desobediencia. El mundo se ha convertido en una escuela severa. El mal, la mentira, y la negación de Dios, que surgen del abismo del alma humana, producen, si no son lavados por el arrepentimiento, llagas que se van extendiendo por todo el cuerpo del mundo. Toda clase de temores y angustias traspasan, del mundo interior de nuestra alma, que se estremece por haber traicionado a su Dios, al mundo exterior.

Vino Cristo a salvar a la humanidad y le ha dado para curarla de sus temores oscuros un nuevo temor, el santo temor de violar la Ley divina. Así quedó vencido el temor sin sentido ante el sinsentido y los horrores de la vida, ante lo imprevisto o lo absurdo del destino y se convirtió en arma para el perfeccionamiento de las almas. Así es cómo el Divino Verbo ha quitado al temor, que no ha querido desterrar del mundo, su veneno infernal. Desde entonces la humanidad distingue entre dos temores; el oscuro y el iluminado, pero como nuestra alma no está purificada del todo, somos todavía capaces de sentir junto con el temor iluminado, aquel otro, oscuro, basado en supersticiones, soberbia y egoísmo; y mientras el espíritu queda sereno y confiado en Dios, nuestro ser sensible vive atemorizado en la jaula de sus pasiones dejando penetrar por las ventanas de los sentimientos toda clase de temores en el interior del alma: el temor de la carne que tiene su propia felicidad, padecimientos, alegrías y penas (que obedecen a una propia razón), y el temor de ceder a la carne. Tememos en todo el dolor y llegamos hasta el extremo de temer a la felicidad, ya que jamás es duradera y alejándonos produce dolor; por esto hay quienes no se atreven siquiera a tener esperanzas. . .

Nada borra el temor. Sólo el amor lo vence como Cristo ha vencido al mundo. El amor transforma el temor oscuro en temor santo, que ya no atormenta sino eleva a los corazones; purificando la fuente del temor. Y así es cómo el temor, hundido en Dios, es la raíz del amor y es también el principio de la sabiduría.